

de los concilios, de las obras de los Santos Padres, de las decisiones pontificias, de los escritos de los teólogos y canonistas, de los apologistas de la religión que la han defendido á la luz de las tradiciones, de la crítica, de la historia, de la cronología, de la filosofía, de las ciencias naturales y exactas, que han interrogado la inmensidad del cielo, han preguntado á las entrañas de la tierra, han sondeado los misterios de la metafísica, han penetrado en la noche de los tiempos, han evocado los antiguos pueblos, con sus legisladores, sus sabios, sus sacerdotes, y ora recogiendo la preciosa verdad, ora señalando la negrura del error, se han aprovechado de todo para defender la augusta religión del Crucificado, y desbaratar á sus obstinados enemigos? Reflexionemos que si la imprenta ha sido arma terrible cuando la ha manejado el genio del mal, también ha sido un beneficio inestimable en manos de la Providencia. ¿Quién es capaz de calcular el daño acarreado por la propagación de los malos libros? pero ¿quién calculará tampoco el bien producido por los buenos? Extendiéronse las obras de Lutero, de Calvino, de Melancton, de Beza, de Ecolampadio, de Jurieu; pero á su vez se difundieron de la propia suerte las de los antiguos padres, las de Santo Tomás de Aquino, de Melchor Cano, de Belarmino, de Suárez, de Petavio, de Natal Alejandro, de Bossuet, y otros innumerables con cuyos nombres se honra la causa de la verdad. En tiempos más cercanos se han hecho numerosas ediciones de las obras de Voltaire y de los filósofos de su escuela; pero ¿son pocas acaso las que se han publicado también de los apologistas católicos? Voltaire se propuso mostrar el cristianismo como cosa despreciable, ridícula, enemiga de la ciencia, de las bellas artes, é inconciliable con todo adelanto social; Chateaubriand acometió la noble empresa de manifestar todo lo contrario, demostrando que la religión de Jesucristo está en inefable armonía con todo cuanto hay de grande, de sublime, de bello, de tierno; y preguntaremos nosotros: ¿qué obras se han difundido más; las del filósofo de Fer-

ney, ó las del Cantor de los Mártires? ¿cuáles se han traducido á mayor número de lenguas? en igual tiempo, ¿de cuáles se han tirado y expendido mayor número de ejemplares? esto lo saben los versados en la bibliografía; pero hasta cierto punto no puede ignorarlo quien alcance siquiera á leer. Entrad en un gabinete, ora pertenezca á un sabio, ora á una persona medianamente instruida; recorred los estantes de sus libros; pocas veces encontraréis á Voltaire, casi siempre á Chateaubriand.

Los que han dicho que la imprenta había sido un golpe de muerte para la causa de la *superstición y del fanatismo*, es decir, según ellos, para la causa de la religión católica, se han mostrado bien poco conocedores de la historia científica y literaria de Europa desde la invención de Guttemberg. Sucédeles á no pocos de los adversarios de la religión, que habiéndose formado en un pequeño círculo de hombres y de libros, se imaginan que no existe otro mundo que aquel donde han vivido; manifestando á menudo tan crasa ignorancia de lo que ha pasado y está pasando todavía fuera de los estrechos límites de la región en que se han encerrado, que bien han menester la tolerancia de otros que han alcanzado mayor extensión de noticias y más elevación de ideas. No les habléis á esos hombres de tal ó cual ilustre apologista de la religión, no les mentéis los trabajos que se están haciendo en este ó aquel sentido; nada saben de cuanto les decís; paréceles bien extraño que haya todavía necios que se ocupen en defender una causa que creían *fallada sin apelación*. Saben el nombre de Bossuet, pero quizás nunca abrieron sus obras; conócenle porque han visto acá y acullá que se habla del ilustre obispo de Meaux, porque han oído apellidar su escuela, ó porque en las obras de literatura le han hallado en el catálogo de los oradores eminentes. ¿Pronunciáis el nombre de Belarmino? quizás ignoran hasta la existencia del insigne cardenal; ó si á tanto no llega su falta de noticias, tal vez no tienen de él otro conocimiento que el haber oído hablar de no sé qué doctrinas sobre la potestad temporal de

los Papas. Si recordáis el nombre de Santo Tomás de Aquino, notaréis desde luego que no lo reputan por bueno para otra cosa que para alimentar la curiosidad de los escolásticos; y si citáis algún Santo Padre, conoceréis que sin haber visto nunca sus obras, las miran como antiguallas, sólo respetables por el tiempo que sobre las mismas ha transcurrido. Así, imaginándose que los católicos viven en estrechísima esfera donde no se respira otro aire que el de los seminarios conciliares ó de los claustros, paréceles inconcebible que haya todavía hombres *ilustrados*, que sostengan ó *aparenten* sostener doctrinas que caducaron para no rejuvenecer jamás.

A los ojos de estos hombres, verdaderamente preocupados por la impiedad, y dignos de lástima por su ceguera, la imprenta fué la muerte de la religión católica, y es en la actualidad y será en adelante la más segura garantía de que no podrá resucitar. Lejos de participar de semejantes temores, abrigamos la firme convicción de que la misma imprenta será uno de los medios de que Dios se servirá para hacer triunfar la religión verdadera, haciéndola reconquistar el terreno perdido; esperamos, que así como la Providencia ha hecho ya que por este vehículo se esclareciesen admirablemente las más profundas cuestiones, y se diese solución cabal á las dificultades con que los enemigos de la religión se proponían abrumarla, así también hará en adelante, que en la profusión con que se derraman los libros de todas clases, prevalezcan en número y en atractivo, los útiles y los saludables; y pues que atendido el curso ordinario de las cosas, no es dable impedir la circulación del veneno, al menos se propinará en abundante cantidad el preservativo, con las sanas doctrinas que forman el verdadero alimento de los espíritus. No nos asusta ese prodigioso movimiento que en las sociedades modernas se despliega, y que se hace sentir particularmente en las producciones de la prensa; no nos asusta el ver sustituido á la fuerza del hombre el vapor dando impulso al admirable mecanismo que con rapidez instantá-

nea lanza y fija sobre el papel las concepciones del humano entendimiento, multiplicándolas en escasisimo tiempo de una manera asombrosa; aquellas máquinas que estampan del mismo modo las revelaciones hechas por Dios al hombre, conservan las augustas tradiciones de los tiempos primitivos, consignan los descubrimientos que la historia y la filosofía están haciendo en pro de la causa de la verdad, reproducen en abundancia los libros de educación donde encuentra la niñez sanos principios que le enseñan la verdadera ley, la purísima moral de Jesucristo, y cien y cien otros escritos que bajo diferentes formas, en distintos aspectos, en variados estilos, en todas las lenguas, cuentan como los cielos la gloria del Señor, y anuncian como el firmamento las obras de sus manos.

Es indigno de espíritus católicos el asustarse á la vista de semejante movimiento, y el abrigar desmedidos temores con respecto á las consecuencias de tan sorprendente desarrollo: ya sabemos que la Iglesia católica ha de durar hasta la consumación de los siglos, que contra ella no prevalecerán las puertas del infierno, que así lo tenemos prometido por Aquel cuya palabra no pasa sin cumplimiento, y que los hechos han de venir á confirmar y demostrar verdadera; no podemos dudar ni un momento de que tiene preparados los remedios oportunos para curar el mal que originarse pueda en circunstancias nuevas, ni debemos desfallecer á la vista de los peligros, por más insuperables que se ofrezcan á nuestra pequeñez y debilidad.

Quando el Divino Fundador de nuestra religión envió á los apóstoles á predicar el Evangelio por todo el universo, no ignoraba las revoluciones y mudanzas de que el mundo había de ser teatro. Patente estaba á sus ojos cuanto había de suceder en los siglos venideros; y veía ya el momento en que surgiera de la cabeza de Guttemberg la sublime invención, y veía el profundo cambio que esto había de producir, el irresistible impulso que con esto habían de adquirir las ideas, y los abusos á que se habían de arrojar

la volubilidad, la flaqueza y el orgullo del espíritu del hombre; veía los peligros que la fe estaba destinada á correr en tantos entendimientos, y los naufragios que en muchos sufriría, y las pérdidas que esto debía acarrear á su religión sacrosanta; veía todo esto, y sin embargo dijo: *Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella.* Admiremos pues con humilde reconocimiento su inefable dignación en salvar la combatida nave, hasta el tiempo que nosotros alcanzamos; y por lo tocante á los peligros del porvenir, dejemos al Todopoderoso el cuidado de conservar su obra. ¿Dónde estábamos nosotros cuando establecía los fundamentos de la tierra, cuando señalaba sus límites al mar, cuando extendía el cielo como un magnífico pabellón, y alumbraba la inmensidad del firmamento con torrentes de luz salidos de la nada al imperio de su voz?

La religión católica no ha menester envolverse en tinieblas para conservar el legítimo ascendiente que le aseguran los títulos celestiales que puede presentar; jamás ha esquivado la discusión, antes al contrario, se ha esforzado en promoverla por cuantos medios han estado á su alcance. Siglos antes que apareciese la imprenta se habían escrito ya innumerables volúmenes sobre todos los puntos de la religión, y sobre los fundamentos en que estriba; pero menester es confesar que sin este descubrimiento no hubieran logrado los escritos antiguos la asombrosa propagación que obtienen ahora, ni habría sido doble tampoco multiplicar de la manera que se ha hecho en los tiempos modernos, las obras de historia eclesiástica, de controversia dogmática, de teología escolástica, de crítica, de filosofía, de ciencias naturales y exactas, formando ese admirable conjunto de erudición y sabiduría que nos han legado tantos insignes escritores, y del cual brota un raudal de vivísima luz, bastante á convencer á todo hombre sensato de que la religión católica es la única verdadera.

En todas épocas, y particularmente después de la inven-

ción de la imprenta, se ha podido notar cuán diferente es la religión de Jesucristo, de las demás que han existido y existen todavía. En éstas, la discusión religiosa no ha tenido jamás un desarrollo considerable. Obscuras en su origen, enigmáticas en sus expresiones, tortuosas en su conducta, tiránicas en su gobierno, han tendido su férrea mano sobre la miserable humanidad, condenándola á vivir en el ilotismo, ó cegándola y corrompiéndola con dar rienda suelta á las pasiones más vergonzosas. La luz era para ellas temible, *porque obraban mal*; y así procuraban desterrarla del espíritu de sus prosélitos, inclinando al goce los corazones, y pegando al polvo las frentes que debieran mirar al cielo. Muy al contrario nuestra augusta religión: sin admitir al desatentado y funesto principio de examen, tal como lo entienden los protestantes, pues que no le era posible sin negarse á sí misma faltando á la institución del Divino Fundador, ha procurado no obstante que no cesase nunca la discusión sobre las materias más graves, fomentando ella misma la fundación y progresos de aquellos establecimientos, cuyo objeto era la conservación y el lustre de los estudios religiosos.

Lejos pues de que sea justo decir que la imprenta ha sido para el catolicismo un golpe de muerte por haber promovido con mayor extensión las controversias sobre las cuestiones más importantes, puede afirmarse con el testimonio de los hechos, que ese nuevo medio de propagación secundaba los designios de la Iglesia católica; sin que valga lo que en contrario pudiera alegarse, fundándose en el lamentable abuso que de él han hecho y hacen todavía las falsas sectas, la incredulidad y las pasiones bastardas. Ya hemos visto cuán atinadamente se expresaba sobre este asunto el papa León X, al propio tiempo que se proponía reprimir los que ya en aquella época se introducían. Examinense las palabras del citado Papa, y se echará de ver que no encierran vanas protestas contra los adelantos del siglo, que la Cátedra de san Pedro no forceja como le achacan sus calumniadores para detener el curso de la ci

vilización, que no se empeña en hacer que la humanidad vuelva atrás, que no anatematiza la obra del genio, ni condena las nuevas alas que acaba de alcanzar la inteligencia. Se propone, sí, refrenar los excesos, precaver los grandes males que amenazan á la religión y á la sociedad si no se acude á tiempo; pero no confunde el uso con el abuso, no desecha el bien por el solo peligro del mal, procura evitar éste sin destruir aquél, y reconoce de la manera más clara y terminante que la invención de la imprenta ha sido un favor particular del cielo, *divino favente numine*; que de ella pueden los hombres reportar grandes beneficios, principalmente los sabios católicos de los cuales abunda la Iglesia romana, *et viri eruditi in omni linguarum genere, præsertim autem catholici, quibus Sanctam Romanam Ecclesiam abundare affectamus, facile evadere possunt*; que este descubrimiento había sido para la gloria de Dios, apoyo de la fe y propagación de las buenas artes, *quod ad Dei gloriam et fidei argumentum ac bonarum artium propagationem salubriter est inventum*. De esta suerte se habla cuando se procede de buena fe, cuando el espíritu está guiado por intenciones rectas y un sincero amor á la verdad; así ha procedido siempre la Iglesia católica, y los que la han achacado otra conducta, ó ignoraron su historia, ó la calumniaron á sabiendas.

Uno de los más notables efectos producidos en la sociedad por la imprenta, es el haber dado al pensamiento una fuerza é influjo, mucho mayores de los que disfrutara en las épocas precedentes, ni era posible que disfrutase. En efecto, si bien es verdad que la inteligencia, como la primera facultad del hombre, ha ejercido siempre sobre la sociedad una acción muy poderosa, también es cierto que había menester vincularse con algunos intereses é instituciones para que pudiera producir resultados de alguna trascendencia. Esto último se verifica también ahora, pues que también ahora como antes las ideas necesitan hacerse por decirlo así palpables, y personificarse de suerte que la sociedad vea en ellas alguna cosa más que

la mera enseñanza de una escuela. Pero no puede negarse que con la imprenta han adquirido las ideas un conducto de expresión, por el cual se ponen desde luego en contacto con todas las pasiones é intereses que tengan con ellas alguna simpatía, y por tanto llegan con mucha más facilidad á formar un cuerpo que las adopta como propias, que se constituye su representante, que les sirve de brazo para obrar sobre la sociedad saliendo de los límites de meras teorías, y que trabaja para afirmar y extender instituciones á propósito para realizarlas y escudarlas.

De aquí ha resultado esa fuerza terrible que en nuestro tiempo han adquirido las ideas, y el notable efecto que todas producen, aun cuando pertenezcan á aquel número, que faltas de principios de vida están destinadas á pasar como ligera exhalación que brilla y desaparece. Así tienen las sociedades modernas un nuevo poder que se combina con los demás, y que obra más ó menos á las claras, pero siempre con grande eficacia.

Ni se crea que en aquellos países donde se ejerce una estricta vigilancia sobre la imprenta, deje ésta de influir sobre las ideas y hasta sobre el curso de los negocios. Su acción será oculta, lenta, indirecta: habrá menester más tiempo para consumir sus obras, pero no por esto será menos real y efectiva. Algunas veces, cuando se extravía de su legítimo objeto, el daño que le causen las trabas que lleve en su ejercicio, lo compensará con los engañosos velos de que sabrá cubrirse, atrayéndose más partidarios por lo mismo que en misteriosa reserva se ostentará como víctima de la persecución, por haberse constituido defensora de la causa de la humanidad.

En Francia, durante el siglo xviii, estuvo la imprenta sujeta á la censura; y sin embargo difícil fuera señalar una época en que su acción hubiese sido más terrible. ¿Qué importaban las prohibiciones de imprimir ciertas obras, si por lo mismo que eran prohibidas se propagaban con más abundancia y se leían con mayor avidez? Al estallar la revolución de 1789, se proclamó la libertad de la

prensa; pero los miembros de la Asamblea constituyente no habían por cierto necesitado esta libertad para adquirir aquel caudal de ideas subversivas con las cuales destruyeron un trono, derribaron todas las instituciones antiguas, é inauguraron la nueva época que nosotros estamos presenciando.

En España, en el último tercio del siglo pasado, la imprenta estaba sometida también á vigilante censura, y esto no impidió que se nos inoculasen las ideas circulantes allende el Pirineo, que llegasen hasta las gradas del trono, cerrasen sus avenidas á los acentos de la verdad, y preparasen las trabajosas agitaciones de que es víctima la generación actual. En tiempo de lo que se llama la *ominosa década*, también es de notar el profundo cambio que en silencio se verificaba, por medio de la lectura pública ó clandestina de libros nacionales y extranjeros. En confirmación de este aserto véase lo que sucedió á la muerte de Fernando; muchos de los antiguos adversarios de las ideas reinantes ó habían fallecido, ó comían el pan de la emigración en países extraños; esto no embargante, se hallaron imbuídos en los nuevos sistemas una muchedumbre de jóvenes que no habían podido aprenderlos en ninguna de las escuelas públicas, y que por tanto debieron de haberlos bebido en libros, que leerían con tanto mayor placer y con más viva curiosidad, por lo mismo que veían su contenido en oposición con todo cuanto les rodeaba.

Lejos de nuestro ánimo la idea de que no deba trabajarse por medios legítimos en atajar los excesos de la prensa, en impedirle que no acarree daño á las sanas ideas y á la buena moral; sólo queremos dejar consignado el efecto que de todos modos produce, y manifestar de esta manera la pujanza que con ella ha conquistado el pensamiento.

La *opinión pública* es una palabra de que se abusa lastimosamente, sobre todo en tiempo de revoluciones, haciéndola muchas veces consistir en la opinión de unos pocos que por engaño, pasiones ó intereses, sostienen doctrinas y sistemas que están en abierta oposición con el

pensamiento y el deseo de la inmensa generalidad de aquellos cuyo nombre se usurpa. Pero no puede negarse que en la realidad existe una verdadera opinión pública, y que no impidiéndoselo la violencia, se da á conocer tan á las claras, que tomándose para observarla el tiempo conveniente, no se la puede equivocar con la gritería y el ruido de las facciones y de los bandos. Entendemos por opinión pública la de la mayoría de los hombres juiciosos, y que además sean inteligentes en la materia sobre la que se deba formarla. Con la imprenta, al par que se han facilitado medios de fingir la existencia de esta opinión, también se le han proporcionado conductos para mostrarse tal cual es, de manera que alcancen á encontrarla los hombres que la buscan con sinceridad y buena fe.

De aquí ha resultado que la intervención de la sociedad en los negocios que la interesan se ha hecho más continua y eficaz; porque teniendo á la mano un órgano tan expedito para expresarse, le ha sido más fácil ejercer su acción directa ó indirectamente, según las circunstancias del país y las formas políticas establecidas en él. Aun cuando no se suponga la imprenta libre, circulan siempre una muchedumbre de escritos en los cuales se manifiesta cuál es la opinión pública sobre los más graves negocios; y ora se publiquen con permisión del gobierno, ora salgan á luz á pesar de sus prohibiciones, ponen en discusión el asunto de que se trata, ilustran los entendimientos, agitan los ánimos, y fuerzan el poder á dejar los malos caminos en que tal vez se empeñara. Puede asegurarse que la sola imprenta, considerada en sí, y prescindiendo de la latitud que se le concede en los países regidos por un sistema constitucional, ha dado mayor impulso y desarrollo á la intervención popular que las formas políticas más liberales.

Estas llenan tanto más cumplidamente el objeto de garantizar lo que se apellida *libertades públicas*, cuanto más expedito dejan el camino para desahogarse en quejas y protestas los intereses vulnerados ó las opiniones contrariadas.

Cabalmente la imprenta por su misma naturaleza es un medio seguro para lograr este fin; mayormente no dependiendo como no depende su existencia de las combinaciones de esta ó aquella escuela, ni de las concesiones de un príncipe. Ella no es propiamente una institución política, y por lo mismo no está sujeta á las mudanzas de todo cuanto á este orden pertenece. Es una conquista de la industria, un arte de elaboración de unos productos que siempre encontrarán salida; y por tanto es un hecho social que los hombres pueden modificar, pero no destruir.

Los efectos que esta invención ha producido en la ciencia son incalculables, y es uno de los trascendentales el que ha vulgarizado el saber, extendiendo las luces verdaderas ó falsas, á un número mucho mayor del que antes las alcanzaba. Prescindamos por ahora del beneficio ó daño que bajo el aspecto de la profundidad hayan recibido por esta causa las ciencias, comprendiendo en este nombre todo linaje de conocimientos; pero en lo tocante á la difusión, no puede negarse que la ha aumentado considerablemente. Apenas concebimos nosotros cómo era posible adquirirlos ni aun medianos, por medio de los simples manuscritos; de suerte que cuando no tuviéramos otra prueba de la laboriosidad de los siglos anteriores, bastarían recordar el crecido número que contaron de hombres eminentes en todos ramos, y la noticia de la popularidad que en algunas épocas adquirieron cierta clase de conocimientos. Como quiera es indudable que éstos debían limitarse á un número inmensamente menor; y que si los antiguos pudiesen presenciar la sobreabundancia de medios de que nosotros disfrutamos, lejos de admirarse de que los aventajemos en este ó aquel punto, se asombrarían de que en todos no les llevemos incomparable superioridad.

Hay entre los modernos el defecto de que, extendiéndonos á mucho, profundizamos poco; y no sin razón se nos achaca un superficialismo que nos permite hablar de todo, por escasa que sea nuestra inteligencia en la materia de que se trata. En esta, como en todas aquellas pro-

posiciones generalés que expresan el resultado de la inducción de una infinidad de hechos difíciles de reunir y más todavía de clasificar y apreciar debidamente, se contiene una parte verdadera y otra falsa: y la razón y la prudencia aconsejan mantenerse en sobria reserva, para no encarecer con demasiado entusiasmo, ni vituperar con excesiva acritud. Por más que se diga, la inteligencia se ha elevado en los siglos modernos á una altura á que no llegó jamás ni en los días más nombrados de Grecia y Roma. La admiración que naturalmente se profesa á todo lo que está separado de nosotros por larga cadena de siglos, hace que nos inclinemos á considerar á los escritores de aquellos tiempos como hombres de otra raza superior, á quienes es difícil y casi imposible igualar. Respetamos como el que más el mérito de los antiguos, y nos lamentamos de lo mucho que se descuida su lectura, quizás por algunos de aquellos mismos que les tributan exagerados elogios; pero á decir verdad, al revolverlos una que otra vez, no hemos acertado á descubrir en ellos una sabiduría mayor de la que se ha visto en Europa en los últimos siglos: y debemos añadir que el entendimiento humano nos parece mucho más grande ahora de lo que era entonces. Cuando esto decimos, fijamos la vista en los mayores ingenios de la antigüedad; pensamos en Platón, en Aristóteles, en Cicerón, en Séneca, en Tácito, y no exceptuamos la poesía, ni otro género de literatura; opinando que si bien bajo este ó aquel aspecto, pudieron aventajar á los modernos, éstos en cambio los sobrepujan en tantos sentidos, que la compensación es sobreabundante, y el parangón no puede sostenerse.

No intentamos indicar por medio de las observaciones que preceden, que se deba principalmente á la imprenta la superioridad del entendimiento humano en los tiempos modernos; sabemos muy bien que la causa primaria se encuentra en el cristianismo, el cual dando ideas grandiosas, verdaderas y exactas, sobre Dios, sobre el hombre, y sobre la sociedad, ha generalizado esa sublimidad

del pensamiento, que distingue á los pueblos que le profesan. Así es de notar, que la superioridad de los modernos sobre los antiguos, se hace sentir especialmente en lo que concierne al fondo de las cosas: con el solo catecismo se han hecho comunes entre el pueblo ideas que se hubieran mirado como altas concepciones de recóndita filosofía; y el entendimiento de la generalidad de los hombres ha llegado por decirlo así á familiarizarse con objetos cuya existencia no pudieron los antiguos ni aun sospechar. Pero reconociendo estas verdades no podemos negar la parte que á la imprenta le ha cabido en el desarrollo y propagación de las ideas: lo que se prueba evidentemente con el asombroso adelanto que hicieron todos los ramos del saber, tan pronto como vino en su apoyo ese poderoso agente.

De las reflexiones que preceden inferiremos lo que ya desde un principio llevamos indicado, á saber: que los excesos de la prensa no deben exasperarnos hasta el punto de hacernos mirar con aversión el descubrimiento en sí mismo; no perdiendo nunca de vista que son cosas muy diferentes el uso y el abuso, y que por la existencia del uno no debemos condenar el otro.

Pero, se nos dirá, ¿cómo será dable impedir este abuso? ¿qué medios hay para sujetar á ese Proteo que toma todas las formas, que elude todos los golpes? problema difícil, complicadísimo, que figura entre tantos y tantos como abruman á las sociedades modernas, y que no es ciertamente de los de menor importancia. Quizás otro día nos ocupemos de esta gravísima materia, emitiendo nuestras convicciones con la imparcialidad é independencia de que nos preciamos. Como una que otra vez podría parecer severa nuestra opinión, deseosos de que no se nos tache de partidarios de la esclavitud del pensamiento, y de enemigos de la causa de la civilización, hemos tributado gustosos el debido homenaje al sublime descubrimiento, cuyo recuerdo basta para llenar de entusiasmo á todos los espíritus generosos y amantes de los progresos del entendimiento humano.—*J. B.*

POLÉMICA RELIGIOSA.

CARTA TERCERA Á UN ESCÉPTICO EN MATERIAS DE RELIGIÓN.

Mi querido amigo: cuando, según me indica V. en su última, veo que llegaremos á entablar una seria disputa sobre materias religiosas; me ha llenado de indecible consuelo la seguridad que me da V., de no haber llegado su extravío al extremo de poner en duda la existencia de Dios: esto allana sobremanera el camino á la discusión, pues que no es posible dar en ella un solo paso sin estar de acuerdo sobre esta verdad fundamental. Y no sin motivo he querido cerciorarme de las ideas que sobre este particular profesaba V.; pues que nunca podré olvidar lo que me sucedió con otro escéptico, de quien sospechando yo si tal vez hasta ponía en duda la existencia de Dios, ó si al menos no la concebía tal como es menester, y dirigiéndole en consecuencia algunas preguntas, me salió con una extraña ocurrencia que fuera chistosa á no ser sacrílega. Advirtiéndole yo que ante toda discusión era necesario estar los dos de acuerdo sobre este punto, me respondió con la mayor serenidad que imaginarse pueda: «me parece que podemos pasar adelante; porque opino que es de poca importancia el aclarar si Dios es una cosa distinta de la naturaleza ó si es la misma naturaleza.» ¡A tanto llega la confusión de ideas trastornadas por la impiedad! y este hombre por otra parte era de más que mediana instrucción, y de ingenio muy despejado!

Desde luego le doy á V. mil satisfacciones por haberme atrevido á indicarle mis recelos en este punto, bien que difícilmente me arrepiento de semejante conducta, porque